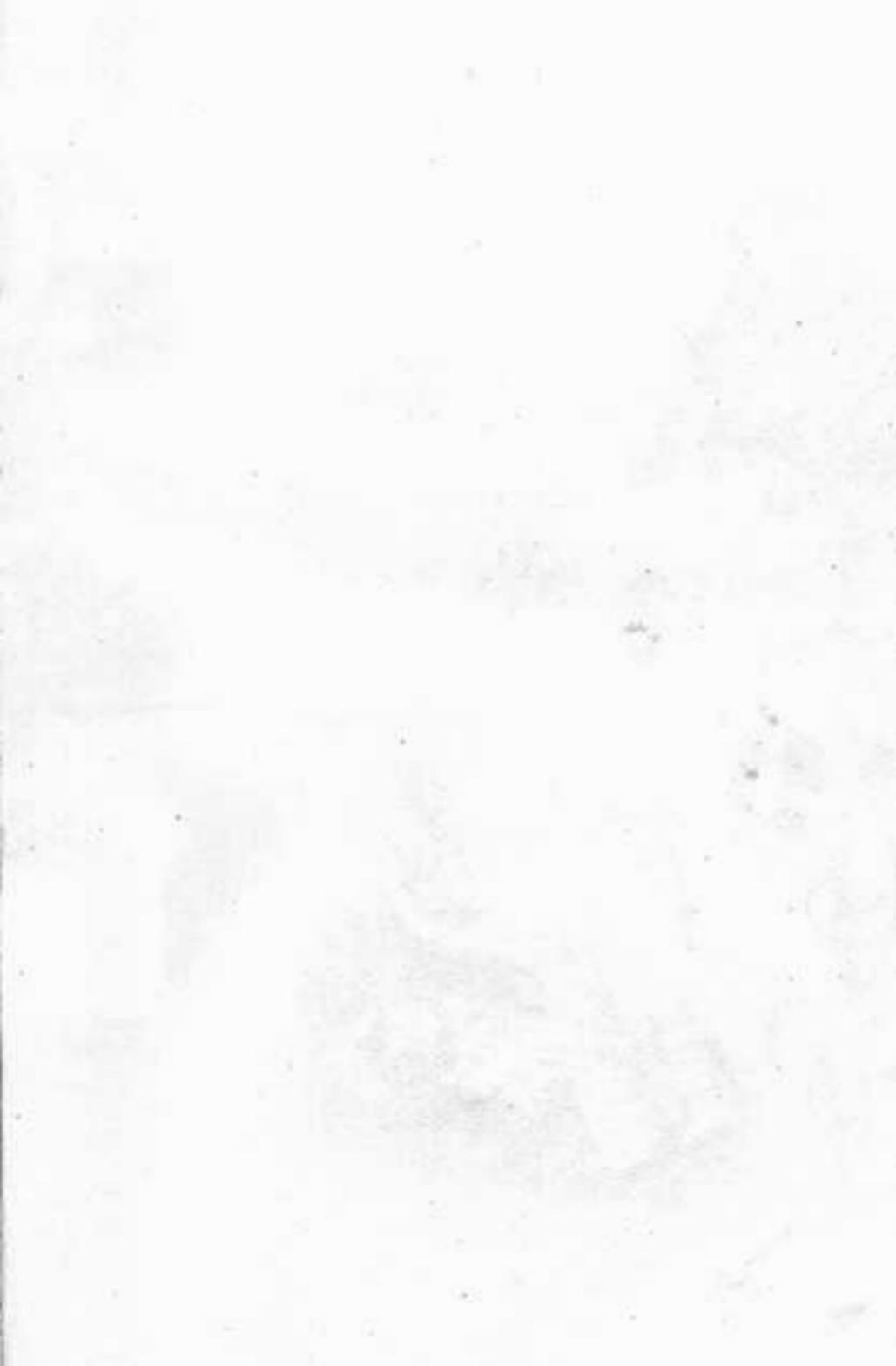


NOVENA









novena
A SAN JUAN DE LA CRUZ
1601



1601

NOVENA

A

SAN JUAN DE LA CRUZ



San Juan de la Cruz.—¡Señor mío y Amor mío...
¡Vos en la Cruz por mí? ¡Ah, quiero pagar tu amor, oh
Jesús! Ansias de amor me abrasan... ¡Pon tú mismo tu
Cruz sobre mi corazón!...—*Jesús.*—¡Cuánto me ale-
gra tu amor! Sí, toma a mi mismo en mi Cruz. ¡Cuán-
tos, ¡ay!, ni viéndome en la Cruz me aman!...

San Juan de la Cruz—¡Ah Dios de amor y amor
de mi Dios! ¡Descúbrete a mi alma y a la de todos los
hombres, mis hermanos, para que yo te ame y todas las
almas te amen!

NOVENA

A

SAN JUAN DE LA CRUZ

PRIMER CARMELITA DESCALZO, DOCTOR DE
LA IGLESIA, ABOGADO DE LAS ALMAS DE
ORACIÓN Y PROTECTOR DE LOS ATRIBULADOS

POR UN CARMELITA DESCALZO

**PADRES CARMELITAS DESCALZOS
DE SEGOVIA**

«En este estado de vida tan perfecta, siempre el alma anda, interior y exteriormente, como de fiesta, y trae en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios, como un cantar siempre nuevo envuelto en alegría, y en amor y en conocimiento de su feliz estado» (Llama).

SEGOVIA: TIP. DE CARLOS MARTÍN

1930

Nihil obstat
Fr. Antonius a Jesu. C. D.
Censor Ord.

Imprimase:
Fr. Florencio del N. J. C. D.
Provincial
Segovia 15-III-1930

Nihil obstat
Fernando Sanz Revuelta
Censor

Imprimase:
† Luciano Obispo de Segovia
Segovia 4-IV-1930



J. M. J. T.

Semblanza de San Juan de la Cruz C. D. **(1542-1591)**

Difícil es, a mi parecer, conocer a San Juan de la Cruz y no sentir hacia él un muy íntimo y especial amor; no ya porque las almas que se asemejan sienten entre sí profundas y misteriosas simpatías, sino porque el ciego codicia impaciente los resplandores de la blanca luz, que no ven sus tristes ojos, y el de vista perspicaz siente un no explicable gozo en la contemplación de la belleza y hermosura, que la luz ilumina y Dios, por el mundo todo, esparció generoso.

Quien está alejado del bien, que es virtud, se ennoblece y como que se ilumina pensando en la hermosura de la bondad, que en sí mismo no tiene, y se estimula y

aviva a conseguirla con el recuerdo de los grandes ejemplos de las almas que en santidad y amor brillaron.

Los que sienten los ardores de la caridad del cielo y viven en los resplandores de la virtud, entonan el cántico peremne y dulcísimo del agradecimiento y alegría más íntima, porque estas almas grandes y muy santas aman y dan gloria a Dios como ellos desearían y aún no pueden; porque hay en la tierra un heróico y encendido amor que se ofrece en desagravio, alabanza y sacrificio al Dios dulcísimo y omnipotente del amor del cielo.

San Juan de la Cruz era una de esas almas que vive sonriente envuelta en la perpetua hermosura de Dios; *vivió en el amor y cantó el amor del cielo* con una alteza y un sereno entusiasmo que sólo los ángeles del cielo, en los días y cánticos de la aurora eterna, pueden superar.

Por eso, de San Juan de la Cruz, como de la belleza y del amor, sólo quienes no han visto la luz de su hermosura no sienten el atractivo de su amor benéfico; su

estudio y conocimiento indefectiblemente introducen con cariño a la admiración y afecto más creciente.

En su vida y en sus enseñanzas es siempre la misma atractiva hermosura; conocerle, es pasar al alborar naciente de su amor.

Su vida fué como arroyico de agua pacífica, que canta a Dios y enamora a los hombres. Nació en Fontiveros (España), en 1542. La pobreza le hizo peregrinar por Arévalo y Medina del Campo, donde empezó sus estudios, sirvió a los pobres enfermos, llamó la atención por su virtud y entró Carmelita a los veintiún años. Aquí, después de estudiar Filosofía y Teología en Salamanca, volvió a cantar, delante de su querida madre, su primera Misa, y en ella, apareciéndosele la Virgen, le confirmó en gracia. Aquí conoció a Santa Teresa de Jesús, quedando su espíritu íntimamente compenetrado con ella. La conformidad íntima y admirable de sus doctrinas maravilla a cuan-

tos con detención las leen y comparan.

De aquí marchó (1568) a Duruelo para empezar allí la Reforma y estableció las bases de la vida del Carmelita Descalzo. ¿Quién podrá decir sus fervores? ¿Quién su apostolado? ¿Quién expresar la admiración que causó en todos aquellos contornos mirándole como a muy grande santo? ¡Y no se equivocaron aquellas sencillas gentes!

Desde el primer día hasta su muerte puede describirse su vida en estas dos palabras: «*amor y cruz*»; siempre amable y sonriente; siempre ecuánime y accesible; jamás impaciente ni adusto; su presencia revelaba su pensamiento: miraba a Dios y a Dios tenía grabado en el corazón; Santa Teresa le conoció y retrató como nadie: «*el santico de Fr. Juan*», «*hombre del todo celestial y divino*». Los seglares le buscaban atraídos por la dulzura—superior a la de la tierra—que en él veían. Los religiosos le idolatraban por su caridad y santidad y trato afable.

La Orden le ocupó constantemente en

los distintos y más principales cargos; y *siempre fué el perfecto ideal del Carmelita Descalzo.*

Mucho sufrió por su Reforma querida; la historia sólo sabe una pequeña partecita; él siempre procuró ocultarlo, pues únicamente para Dios quería sufrir deseando ser una imagen de Cristo nuestro bien, que en la cruz se ofrecía a Dios por sus hermanos los hombres. El sufrimiento fortaleció su espíritu y esclareció sus potencias; fué tanto lo que amó la Cruz que, con solo verla u oír hablar de penas, caía en éxtasis y pidió al Señor, cuando le ofrecía lo que quisiere, «*padecimientos y desprecios*»; conoció los inexhaustos tesoros de la Cruz y vió que ningún camino conduce como ella al amor; se abrazó a la cruz y conquistó el más grande amor del cielo.

¿Quién le aventajó en la dirección de las almas? Veía con claridad el estado de cada una y lo que debía hacer.

Lleno de virtudes, encendido en amor, saboreando dolores, como flor que despi-

diendo aromas deja caer sus pétalos, dejó su cuerpo en Úbeda el 14 de Diciembre de 1591, y en forma de resplandeciente globo de luz voló al cielo, a recibir la palma y a interceder por sus hermanos los de la tierra.

Su cuerpo, aún incorrupto, yace en Segovia en grandioso sepulcro.

* * *

Fué admirable la vida de San Juan de la Cruz; pero por lo que más le amaban sus religiosos y las almas buenas con quienes comunicaba, era por su admirable doctrina y no superada dirección en los caminos de la santidad; era santo, *muy santo*; pero *tan accesible y prudente* que hacía santos a cuantos comunicaba.

Los jóvenes de Segovia acudían a él para que les explicara los himnos del breviario, pero también para participar de su bondad, y salían con creces en la virtud, y gérmenes de vocación religiosa en el pecho; las retiradas religiosas sentíanse abrasar en amor cuando recibían su enseñanza, y cuantos se le acercaban vol-

vían renovados en santos propósitos y determinaciones firmes.

Por una misericordia no pequeña del Señor, permanece aún entre nosotros enseñando y enfervorizando, su doctrina y su espíritu; las bellezas del mundo externo que tanto admiró y tantos afectos le causaron en Granada y en la Peñuela, en el Calvario y en Segovia, las trasladó como vestido adecuado de la sublime doctrina que en sus libros enseñó y ha determinado a multitud de almas a la conquista de la perfección y encendido nobles y numerosos pechos en misteriosos y soberanos afectos.

Su doctrina no ha muerto; vive cada día más rejuvenecida y esplendorosa; más estimada y admirada; porque como dice la Iglesia en la declaración de su Doctorado «con razón son estimados sus libros como »el compendio, regla y escuela del alma »fiel, que aspira a caminar por las sendas »de la perfección»; no hay doctrina más segura, clara y precisa para conocer las operaciones de la gracia de Dios en las

almas, o el estado en que su espíritu se encuentra, o los misterios del amor santo y los modos de acrecentarle; no hay palabras más apropiadas para expresar los grandes afectos del corazón que se abrasa en ansias de la Eterna Hermosura y el tierno agradecimiento a las misericordias de Dios; ni hay expresiones más animadas y ardientes para poner calor en el pecho más frío y determinación pronta e inquebrantable en la voluntad más vacilante; para acabar con los lazos que a las cosas de la tierra la sujetaban tristemente y entregarse, de una vez para siempre, en los brazos dulces del amante Jesús, observando las normas que a la santidad conducen y a los esplendores del más apetecible y regalado amor.

Son sus obras como el comentario de las palabras de Jesucristo: «*Si alguno quiere seguir mi camino, niéguese a sí mismo y tome su Cruz y sígame*»: y el entendimiento, cuanto más le estudia, más admirado queda de la sublime, secreta, íntima y altísima doctrina que enseña;

todo lo vió y sondeó el Santo; todo lo esclareció y expresó con tanta sobriedad y elegancia; con tan transparente naturalidad, tan alada, dulce y viril poesía, que cautiva y enamora el corazón y no es posible explicar ni sin asombro concebir, cómo pudo penetrar los secretos misteriosos del amor de Dios en las almas, juntando el más alto lirismo al más íntimo conocimiento del corazón hasta ponerle al frente de todos los psicólogos.

A esta fuente de amor y fervor acuden las almas puras para dirigir y aumentar sus deseos de alcanzar las virtudes excelsas; aquí han aprendido a ser de Dios, hasta en sus más mínimos actos, y encendido sus afectos, las almas retiradas en los claustros silenciosos y las animadas de incansable celo por la salvación de sus hermanos; ¡cuántos no salieron de su tibieza con sólo leerle!...

Y a este Santo se encomiendan las trabajadas en la oración y las que lloran atribuladas; porque Dios le ha puesto *Abogado de las almas que se consagran a la*

vida espiritual por la oración y como premio visible a sus sufrimientos, Protector de los atribulados y de las que se encuentran en los momentos próximos a ser madres.

¡Oh alma, quien quiera que fueres! ¿Deseas ser santa? Acude a San Juan de la Cruz. ¿Sufres apenada por sequedad, falta de oración e incertidumbre de tu espíritu? Acude a San Juan de la Cruz. Para tí es esta Novena; hazla con confianza y el Santo será la luz que te ilumine y el guía que te conduzca a la perfección; te hará santa.

Las que sufrís sin consuelo o yacéis en el abatimiento por el dolor, por la ingratitude o el desprecio, por la prueba dura que pone las lágrimas en vuestros ojos, también para vosotros es esta Novena; hacedla, recomendadla y tornará vuestras lágrimas en valiosas perlas, y si no os quita el dolor, os le convertirá en una alegría antes para vosotros desconocida y ahora productora de sin igual gozo.

Las que soportáis los difíciles momentos que preceden al gozo de estrechar amorosas por primera vez a los hijitos del corazón y ponen en peligro vuestra vida, preparaos con esta *Novena a San Juan de la Cruz*; Dios protege por su intercesión y él alcanzará, como Abogado especial que es, prósperos y alegres efectos para vosotras y la santidad para los hijitos que estrechéis entre vuestros brazos.

El Santo bendito, que tanto se gozaba consolando, mientras vivía, te consuele a Tí, alma fervorosa, que le invocas, desde el cielo, y él que, a tantas almas animó a ser Santas y consagrarse a Dios y alcanzar la perfección, nos la alcance a tí y a mí y a todos; a tí en tu estado, a mí siendo tan perfecto Carmelita Descalzo como él enseñó a serlo y a todos juntándonos en dulce abrazo de caridad santa en torno de la Cruz del buen Jesús para entonar las canciones, siempre nuevas, de Amor eterno, por los valles del mundo, en dirección al cielo.

El Señor, por su intercesión, te oiga y

deposite en tu alma, calladamente, con la preciosa margarita de su gracia divina, la inefable paz y alegría de su santa esperanza. El último de los Carmelitas te lo desea.

Segovia, junto al Sepulcro de San Juan de la Cruz día de la Purificación de la Virgen de 1930.

UN CARMELITA DESCALZO.

Novena a S. Juan de la Cruz

Protector de las almas de oración y de los
atribulados

ADVERTENCIAS

Cualquier tiempo es oportuno para hacer la Novena al Santo, muy especial el de preparación para su fiesta.

Puede hacerse la Novena con solo las oraciones y Padrenuestros, como señala la letra mayor; esta Novena, impresa a parte en una hojita doble ha tenido grande aceptación y puede servir muy bien como medio de propaganda en obsequio del Santo.

Para las almas que desean hacerla más detenidamente o con mayor solemnidad se han escrito las *Prácticas y doctrina del Santo*, que sirvan de *reflexión-ejemplo*; están tomadas de sus mismos escritos o de la hermosa *Vida* que de él escribió Fr. Jerónimo de San José y servirán

para conocer un poco al Santo y su incomparable doctrina.

Procura hacerla con grande espíritu de fervor y aprovechamiento y así tendrás una confiada y no fallida esperanza para tu deseo.

Si se desea hacer Triduo, hágase lo mismo escogiendo el ejercicio de tres días.

Las citas son de la edición de Toledo por el P. Gerardo.

Novena a San Juan de la Cruz

Por la señal...

Acto de Contrición

¡Señor mío Jesucristo, que por mi amor te pusiste clavado en la Cruz! Quisiera, en todo tiempo, haber sido fiel a Tí.

¡Pero te he ofendido!... ¡Y aun al presente muchas veces te ofendo!... Perdóname Dios mío; dame tu gracia para cumplir el propósito, que ahora, arrepentido, a tus pies hago de servirte siempre, cumplir tus mandamientos, practicar las virtudes, recibir con fervor los Sacramentos y amarte con todo mi cora-

zón hasta morir. Jesús, Redentor amabilísimo; dame dolor de mis culpas y ten misericordia de mí. Jesús, esperanza mía; por intercesión de San Juan de la Cruz te pido me salves. Amén.

Oración a San Juan de la Cruz para todos los días

¡Seráfico San Juan de la Cruz! El inflamado amor, que siempre ardió en tu pecho, hizo que en todas las obras mirases a Dios y todo a Dios lo dirigias con afecto grande. Por acrecentar ese amor en Tí y unirte con Dios, abrazaste tan duras penitencias. Enciende, te ruego, mi corazón, para que con la mirada de amor puesta en Dios, tenga valor para mortificarme y darme, por completo, a la virtud, y así viviendo le ame y le sirva con todo fervor. Amén.

ORACIÓN PARA EL DIA PRIMERO

¡Oh glorioso San Juan de la Cruz!
¡Cuán grande es la gloria con que
el Señor te ha coronado!... Quisiste
siempre vivir olvidado y Dios ha
querido ponerte ahora para maestro
de las almas anhelosas de perfec-
cionarse y como el guía más perfec-
to que en la senda del espíritu hay
en la Iglesia.

Alcánzame verdadera humildad
para que yo procure servir a Dios y
tenga valor para seguir, no el cami-
no de los tibios, sino el de los fer-
vorosos y perfectos, como tu ense-
ñaste. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO sobre la humildad

Conocida es y de todos muy admirada la humildad, que continuamente brilló en la vida y acciones todas de San Juan de la Cruz; humildad se ve en sus manifestaciones personales, en el menosprecio de su estimación y honra, en el modesto trato con los demás y mayor aún en el trato íntimo con Dios en su oración continua.

Aquí en Segovia pidió al Señor —con la convicción cierta de haberlo obtenido— que le menospreciasen los demás e hiciesen sufrir.

Un día una Dignidad Religiosa, en Granada, creyó humillarle diciéndole debía ser hijo de un pobre campesino, pues tanta admiración sentía por el campo; humillóse más el Santo añadiendo sumiso que aun de eso no había sido digno, sino que había nacido de un pobre tejedorcillo, dejando, con tan humilde respuesta, lleno de confusión y admiración al Prelado.

Un muy grande gozo sentía al presentarse delante de los ricos y sabios de Granada y otros puntos donde le tenían en gran concepto y alta estimación, acompañado de su hermano pobre y pobrememente vestido para que todos viesen y palpasesen que también él era de muy pobre familia, y deciales con ternura ser aquella la prenda que más amaba y estimaba en la tierra; y que estaba de sencillo trabajador para ganar de comer, pues no tenía nada.

Su mismo talento, tan maravilloso y cultivado como lo comprueban la Iglesia declarando al Santo Doctor y lo soberano de sus escritos, le ocultaba diariamente, y como si fuese el más ignorante e incapacitado en las letras, trabajaba de ayudante de albañil entre los demás obreros en sus conventos sin avergonzarse de que le viesen en este trabajo cuando le visitaban, antes gozándose grandemente en ello, como si para otra cosa no sirviese.

Toda su vida fué de humillación; y hasta en sus últimos instantes, no sus virtu -

des, sino la misericordia del Señor con la que esperaba salvarse, quería le recordasen.

Y escrito nos dejó: «Sepa el buen espiritual que cuanto más se aniquilare por Dios... tanto más se une a Dios... Y cuando viniere a quedar resuelto en nada, que es la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar». (Subida, tomo I, pg. 125).

Y donde totalmente retrató su persona y la humildad que había practicado durante su vida fué en estas palabras, con que resumió la manera de alcanzar pronto la santidad y nos dejó escritas en sus obras: «*Procurará obrar, hablar y pensar muy bajamente de sí y en su desprecio, y deseará que los demás lo hagan también*» (Subida. Lib. I, cpl. XIII, pg. 89, tomo I).

No el talento, no la fama ni la honra, sino la virtud y sacrificio procuró perfectamente alcanzar.

—¡Oh Santo bendito y admirable! ¡Así creciste tú en el amor!... ¡Así Dios te mostró tanto amor!... Sólo a Dios tenías en tu corazón y Dios del todo te lo llenaba, y Dios, por tu humildad, te ha engrandecido y coronado de no precedera gloria delante de los hombres y de los mismos ángeles.

¡Humildad! es la voz que hasta mi pecho de tus labios suave y suplicante llega; «*mira al Crucifijo, oigo que amorosa me dice, abrázale y te llenará de compunción, de humildad y de su amor santo hasta hacerte experimentar la dulzura del desprecio y la más subida alegría del dolor*».

¡Oh Santo mío! ¡Qué doctrina la tuya tan del cielo! ¡Quiero en adelante estudiarla para vivirla e imitarte a Ti! ¡Ser Santo como tú!...

(Si hay tiempo deténgase en meditarlo un poco y hacer el propósito de ser humilde).

Récense tres Padre nuestros, Ave Marías y Gloria a la Santísima Trinidad por las tres gracias que le concedió tan extraordinarias y pídase, con toda confianza, la gracia que se desea alcanzar en esta Novena por intercesión del Santo.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Nunca despreciar, antes tratar con grande cariño a los pobres y subalternos; despreciar la vanidad de las alabanzas y vestidos, rogando por los que nos murmuren o intenten algún mal; y repetir: «¡Jesús deshonrado y muerto en Cruz por mí!... ¿Y qué hago yo por Él?...» ¿Qué queréis, Señor, de mí?

Oración final para todos los días

¡Padre y abogado mío San Juan de la Cruz! Tú sabes lo difícil que hoy es vivir con perfección y fervor; porque todo tiende a distraernos y apartarnos de Dios; y la indiferencia por las cosas espirituales se ha apoderado de las almas y la caridad se va enfriando en los corazones.

¡Ah! ¡Que no sea tanta mi desdicha que se enfríe en el mío, sino que todo me lleve a Dios y me ha-

ble de Dios y de todo me sirva para amar más a Dios, y hasta los pecados de los hombres acrecienten más en mí este amor de Dios, para desagraviarle de ellos, y mueva a entregarme todo a El, como tú cuando en la tierra vivías! ¡Santo bendito! ¡Intercede por mi salvación y la de todos los hombres! ¡Alcánzame esta gracia que ahora te pido para mayor gloria de Dios y santificación mía! ¡Que yo viva con fervor! ¡Que me santifique y muera con el más ardiente amor a mi Dios y Señor en los labios y en el corazón!—Amén.

HIMNO A SAN JUAN DE LA CRUZ

C O R O

Del Carmelo la Santa Montaña
se ha vestido de nuevo esplendor,
porque brilla en el cielo de España
la aureola de Juan el Doctor.

Ensalzad al Maestro divino
que aprendió su saber en la Cruz
y a las almas alumbra el camino
con un fuego de amor hecho luz.

ESTROFAS

I—Hoy al cielo triunfal se levanta
un sonoro y glorioso rumor,
es el himno de un pueblo que canta
gloria, gloria al divino Doctor.

II.—Es el himno con que honra el Carmelo
de su Padre la dulce memoria,
cuya frente se yergue hasta el cielo
coronada de nimbos de gloria.

III.—Gloria a Tí, nuestro sol que fulguras
del Carmelo asomado en la cumbre,
que iluminas las noches oscuras
con el rayo inmortal de tu nombre.

IV.—Tu figura se yergue radiante,
con destellos más puros que el sol,
eres gloria sublime y triunfante
de tu Patria, del pueblo español.

HIMNO

A SAN JUAN DE LA CRUZ

Del Carme lo la santa Mon-
ta...na se ha ves-ti...do de nue-vo ful-
gor por...que bri llamel cie-lo de Es-
pa...ña la au re...o la de Juan, el doc-
tor. bn...sal...gad al Ma-es-tro di-
vi-no que a-pren...dió su sa-ber en la
Cruz— y a las al-mas alum-bra el co-
ru-no con un fue-go de amor hecho

Mod^{to} *ff* *H^o R^o co.* *cris-* *diss.* *ff*

luz. Ja las al-mas a lum-bras el ca-

mi-li- - no con un fue-go de amor he-cho

luz. **STROFA.**

And.te qd. p
Hoy al Cie-lo triun-fal se le-

van-ta - un so - no - ro y glo-rio - so ru-

mor: es el him-no de un pue-blo que

can-ta, glo-ria glo-ria al di-vi-no doc-

tor. Es el him-no de un pue-blo que

rit.
canta: glo-ria glo-ria al di vi no doc - tor.

ANTIFONA

Filii, confortámini
et viriliter ágite in
lege: quia in ipsa
gloriosi éritis.

V. Ora pro nobis,
Sancte Pater Joan-
nes.

R. Ut digni efficia-
mur promissionibus
Christi.

ORACION

Deus, qui sanc-
tum Joannem Con-
fessorem tuum at-
que Doctorem Pa-
trem nostrum per-
fectae sui abnega-
tionis, et Crucis
amatorem eximium
effecisti; concede,
ut, ejus imitationi
júgiter inhaerentes,
gloriam assequa-
mur aeternam, Per
Christum Dominum
nostrum. — Amén.

ANTIFONA

Hijos, sed voso-
tros constantes y
obrad valerosa-
mente en defensa
de la ley; porque
ella os llenará de
gloria.

V. Ruega por nos-
otros, oh San Juan
de la Cruz.

R. Para que sea-
mos dignos de al-
canzar las prome-
sas de Jesucristo.

ORACION

Oh Dios, que hi-
ciste a San Juan de
la Cruz, Confesor
tuyo y Doctor, Pa-
dre nuestro, tan ex-
traordinario ama-
dor de la Cruz y de
su completa abne-
gación, concédenos
que, imitándole
constantemente en
todo, merezcamos
entrar en el gozo
eterno del cielo.
Por Jesucristo Se-
ñor nuestro. —
Amén.

(Los demás días se hará todo como el primero menos la *Oración, Práctica y Doctrina del Santo y Propósito especial* del día que corresponda).

DIA SEGUNDO

(Empiécese como el día primero página 19 hasta la oración propia del día segundo).

Oración para el día segundo

¡Padre mío San Juan de la Cruz!
Durante tu vida toda grandes dificultades se presentaron para impedirte consiguieras la perfección y mucho tuviste que orar, sufrir y vencerte hasta llegar a la hermosura de su cumbre; pero siempre, guiado por la viva llama de amor de Dios que en tí sentías, saliste vencedor, y de todas triunfaste con gran regocijo de los cielos.

Ayuda, oh Padre, mi flaqueza para que ni mis faltas me desalien-

ten ni todas las dificultades sean bastantes para impedirme conseguir la virtud perfecta, como Dios quiere y yo anhelo; y que siempre crezca en mí la llama del más vivo amor de Dios. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO **para alcanzar la perfección**

No menores dificultades experimentó San Juan de la Cruz para alcanzar la perfección que las que experimentamos todos en esta vida, antes mayores y más fuertes pruebas; pero venció en todo momento en él la inspiración de la gracia y el llamamiento de Dios en el silencio de su alma, sobreponiéndose ecuánime y determinado, con la sonrisa en los labios, a todo cuanto le impedía abrazarse con esa perfección que el Señor de él quería y le mostraba hermosa con la aureola del amor, pero detrás de espinas y crueles sufrimientos.

Tan alto concepto tenía formado del

agrado tiernísimo y gloria inmensa que Dios recibe con la perfección de cada alma, que solía repetir a los suyos: *«da más gloria a Dios una sola alma llegada a la perfección y santidad, que miles de las que están en gracia y le sirven, pero con cierta remisión y negligencia; y quien no pone todo su esfuerzo en conseguirla roba esa gloria a Dios y Dios le pedirá cuenta de ella; y que «más grande obra hace Dios en santificar un alma, purificándola de sus faltas hasta perfeccionarla, que en crearla de la nada.»* (Subida Lib. I. Cap. IV. pág. 59, tomo I.)

Movido de esta tan excelsa verdad, siempre, desde su juventud, buscó esa perfección y ya en el Noviciado y Colegio de Carmelitas de Salamanca se distinguió, por su fervor y sacrificio, entre todos. Más adelante, en el principio de la Reforma, ese fervor y penitencia rebasó todo límite; las gentes sencillas de los pueblos cercanos a la casa pobre de Duruelo, le admiraban y alababan llenos de extrañeza ante la virtud, pobreza, retiro, oración

ferviente y desinteresado celo de aquella alma, que entre ellos vivía y por la presencia de Dios y algo como sobrenatural, que la pureza de sus obras reflejaba.

Pasando los días, cuando sintió la más penosa y dura persecución de personas religiosas y muy santas, que le aconsejaban desistiera de la vida tan rígida que había empezado, y amenazaban, de no hacerlo, con dura cárcel, no vaciló, y la sufrió en Toledo muy cruel y estrecha; y sintió la fiereza de manos que debían serle cariñosas y sufrió en su fama; pero lejos de abandonar su empresa de llegar a la perfección, abrazó cariñoso eso mismo para conseguirla más perfecta y vivió vida de oración y vida de cruz siempre con el corazón y la consideración puestos en Dios.

No otro deseo sentía en su retiro del Calvario, en las penitencias de la Peñuela y en la oración y abstracción de Segovia. ¡Dar a Dios la gloria más grande que el hombre le puede dar siendo perfecto!!... ¡A aquel Dios amoroso, a quien veía den-

tro de sí, sentía en la belleza de la creación y que miraba suplicante y dolorido desde los clavos de la Cruz pidiéndole amor, penitencia, santidad!...

Y el Santo se ofreció todo a aquellos ojos amorosos con la más grande voluntad y abnegación envuelta en los afectos más fervientes que admiramos en sus escritos; y se ofreció también para que las almas todas procurasen esta perfección y Dios fuese glorificado en la santidad de todos.

Comprendía que «cuando alguna alma tiene algo de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si, aunque fuese por poco espacio la quisiesen emplear en cosas exteriores.»

¡Oh Santo bendito! Al leer tu vida y tus escritos me lleno yo de vehementes ansias de perfeccionarme, ser santo, amar a Dios con el encendido amor que tú le amaste. ¡Cómo me conmueven tus afectuosas exclamaciones de amor, de sacrificio!... y el interior repite ¡ser santo!...

¡Oh Dios mío, Dios mío! Si yo quiero ser santo y amarte como este Santo ben-

dito ¿por qué no lo soy?... Mi debilidad me vence y hace que, estremeciéndome el dolor, huya de la penitencia y mi disipación me aleja del trato Contigo por la oración.

¡Señor mío Jesucristo! Al verte y besarte clavado en la Cruz por mí, quiero y determino darme todo a tu amor; por el amor de San Juan de la Cruz concédeme que, siguiendo sus enseñanzas, enfervorizado con sus afectos me entregue todo, a Tí. ¡Jesús mío, quiero ser todo tuyo!... Y desde hoy sea mi vida de oración, sacrificio y amor. Perfeccionadme y que mi vivir sea en Tí y por Tí.

Tres Padre nuestros y petición como el día 1.º, página 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Levantar con frecuencia el corazón a Dios diciendo: «Creador y Redentor mío, santifícame» y renovar el propósito de ser santo quitando las faltas que nos dominan y haciendo las obras y obligaciones por amor de Dios.

La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

DIA TERCERO

Como el día primero, pág. 19 hasta la oración propia del día tercero.

Oración para el día tercero

Encendidas son, mi amado San Juan de la Cruz, las palabras que tú escribiste y ponen fuego de amor; fervorosas fueron tus obras durante tu vida mostrando en todo tu extraordinario amor; y amaste tanto, porque te abrazaste abnegado con la cruz y más dura penitencia, cumpliendo así tus palabras: para ser todo de Dios tenemos que dejar de ser nuestros.

Yo quisiera amar mucho y veo que no amo a mi Dios según mi deseo porque no tengo valor para negarme y mortificarme; dame una total abnegación; alcánzame estas virtudes del Señor. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO sobre el amor de Dios

De entre todas las cosas que más admiraron cuantos trataron y vivieron con San Juan de la Cruz, fué el grande amor de Dios que en todas sus acciones manifestaba y la amenidad, atractivo y regalo con que de este divino amor hablaba.

Este fuego de amor, que en todo ponía, conseguía suavemente comunicarlo a todos y en él los inflamaba hasta el extremo de no reparar en trabajo ni sacrificio para conseguirlo; porque «al fin, para este fin de amor fuimos criados». (Cántico, tomo II, pg. 313).

Muchos hechos de su vida y testigos presenciales así lo confirman.

La Madre María, Carmelita de Granada, expone que parecía pegar fuego en el corazón e inclinaba y ponía una determinación confiada e inexplicable para la virtud; en esa misma ciudad, como en otras varias, salían las religiosas de oírle tan enfervorizadas y heridas o del amor de

Dios o de la contrición por los pecados contra Dios, que cada una se escondía para mejor desahogar el corazón a solas con su Dios en lágrimas o afectos, en súplicas, propósitos y ofrecimientos. En las pláticas que hacía a las religiosas lo hacía con tal fervor y espíritu, que frecuentemente quedaba arrobado.

No sólo en sus pláticas; en las recreaciones mostraba aún más este amor, y en lugar del esparcimiento de los sentidos, procuraban todos desocuparse para no perder palabra de aquella santa boca, que con tan regalada dulzura hablaba de Dios, amenizando y santificando la conversación y tiempo de recreo; ninguno quería otra diversión, y todos terminaban llenos de alegría, con mayores propósitos y más encendidos afectos que si estuvieran solos en atenta oración.

Un hermanito donado nos dice en su sencillez que, cansado y con buen hambre se sentaba, después del trabajo y servir a los religiosos, y prefería, aún así, quedarse a medio comer para no perder el de-

leite íntimo y aprovechamiento singular que sentía oyéndole en estas recreaciones.

Bien extraordinario era el caso, en que, hablando a sus religiosos, cuando todos estaban más suspensos oyéndole, entró un perro, guardián de la casa, y parecía poner él también toda atención hasta terminar, en que volvió a salir a manera de muy pensativo, como si la razón le guiase.

No menos admiraba ver cómo el cielo aprobaba aquella palabra regalada de amor haciendo que de sus labios saliesen visibles rayos de luz con dirección al pecho de cada uno de los religiosos, donde, como penetrados, terminaban.

Dios ungió maravillosamente con el bálsamo del divino amor sus labios puros.

La rica señora doña Ana de Peñalosa le siguió desde Granada y puso su casa aquí en Segovia, junto al convento, para no perder tanto bien como recibía de la doctrina y ejemplo del Santo; y un compañero decía le seguiría hasta tierra de

turcos para no apartarse de su santa y amable compañía.

El Santo, abrasado en amor, pegaba amor; pero este puro y encendido amor lo recibió después de purificado por las asperezas de la penitencia. Dios vino todo hasta él y le envolvió en las regaladas llamas de su infinito amor cuando le vió vaciado y libre de apetitos y aficiones a las criaturas; «y disponen a esta unión y transformación de amor en Dios... la pureza y amor, que es desnudez y resignación sólo por Dios... y según la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios». *Dios se comunica más a quien «más aventajada está en amor, y ésto es amor de Dios: inclinarse a escoger por Cristo todo lo más desabrido, ahora de Dios, ahora del mundo en negación de espíritu pobre de Cristo y negación de sí mismo»* (Subida, Lib. II, tomo I, pgs. 114 y 122); que el amor, dice el Santo, es muy suave, pero está escondido en la médula de la Cruz, y quien no se abraza con ella no puede conseguirle.

No menos contribuyó para obtener este amor santo, la continua comunicación con Dios; puesto un día delante del Sagrario, vióle una religiosa rebosar de gozo y preguntándole después la causa, juntando el Santo admirado las manos respondió: «¡Oh hija, cuán buen Dios tenemos, cuán buen Dios!».

Dios regaladamente se le había comunicado.

Todos sus actos de aquí recibían la vida del cielo que en ellos se reflejaba.

¡Oh Santo bendito! Sabemos de dónde sacaste tanto amor y nos lo enseñaste. Haz que por el continuo sacrificio nos ofrezcamos a Dios; que acabemos, por la mortificación y vencimiento propio, con nosotros mismos, para que seamos de Dios y vivamos en su reino de amor. Alcánzame esta fuerza, porque me temo a mí mismo y lloro de verme tan poco amante del sacrificio.

¡Oh! Sí, quiero el amor; quiero ser todo de Dios como tú y como tú poder encender a cuantos hable y trate, y para ello,

confiado en tu intercesión, viviré para Dios en oración y penitencia. ¡Queréd, Señor mío, te digo con mi madre Santa Teresa, *«queréd que todos con quienes trate estén locos de esta locura de amor o llevadme con Vos!»*.

Tres Padre nuestros, etc. y petición como el día 1.º, pág. 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Repetir entre día: «Dios mío, amor mío; dadme vuestro amor; ángeles y santos, amad por mí a Dios», y hacer alguna obra de caridad y misericordia y los quehaceres pensando en aumentar en este santo amor.

(La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

DIA CUARTO

Como el día primero pág. 19 hasta la oración propia del día cuarto.

Oración para el dia cuarto

Extrañan, mi amado San Juan de la Cruz, tus grandes penitencias, como extraña la petición de padecer que al Señor hiciste y El te con-

cedió; más, no nos extrañaran, si meditásemos que «quien ama ni se cansa ni cansa», y, como amabas, procuraste asemejarte a tu amado Jesús pendiente en la Cruz de tres clavos, por el infinito amor de su corazón. Medida del amor es la penitencia.

Cuando veo en mí tanto cuidado en huir de los sufrimientos, penas y mortificaciones, conozco, avergonzado, que no tengo amor de Jesús. ¡Alcánzame que ame y me abrace con la penitencia.—Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO **sobre la penitencia**

San Juan de la Cruz ha sido estimado como el ideal de la penitencia; pero de la penitencia más perfecta; y en verdad lo fué.

Durante los años de sus estudios tenía admirados a sus compañeros de la vida tan sacrificada que llevaba, y ellos no veían más que lo muy poco que no podía menos de traslucirse contra el deseo del Santo; ¿quién podrá ocultar los rayos todos del sol?; pero lo más grande del sacrificio sólo Dios y los ángeles lo conocían.

Y cuando emprendió en Duruelo la grande obra de la Reforma, la misma Santa Teresa temió, nos dice ella, no acabaran los rigores de la penitencia con una vida tan útil y tan santa, y le rogaba un poco de suavidad en aquel rigor para consigo mismo; pero jamás de este rigor se dispensó, antes le fué acrecentando sin medida según corrían los años.

Bien prueba esto aquel caso, sólo por la enfermedad descubierto, con harta confusión suya. Como el Hno. Martín, a quien mucho amaba el Santo, hubiera de curarle prontamente, vió tenía una cadena con puntas bien clavadas en la carne, y que no pudo quitarle sin que con ella

saliese sangre y aún carne; con la cadena así clavada había vivido y con ella dormía desde Dios sólo sabe qué tiempo antes, y sin que mostrase en nada tal sufrimiento, sino que buscaba aún y se imponía otros mayores dolores y sufrimientos.

¿Quién podrá decir lo que en la celdilla de Toledo—cárcel estrecha y sin luz—sufrió y lo que en el desierto del Calvario y Peñuela se impuso?

Y no fué la mortificación dolorosa de su cuerpo la principal. Lo que distingue al Santo sobre todos es su enseñanza de continua negación de todas las cosas y de sí mismo; el contradecir, hasta hacerla desaparecer, la más pequeña afición o apego de cualquier querer o propia voluntad llegando a no tener otra voluntad que la de Dios; es *la penitencia interior y espiritual del propio vencimiento* la que caracteriza la enseñanza del Santo; penitencia la más grande y perfecta y también la más difícil; la corporal es necesaria para llegar a esta espiritual; sin ésta, dice enérgicamente el Santo, sería la corporal

penitencia de bestias; ésta es la de los hijos de Dios y que a Dios nos une.

«Es harto de llorar la ignorancia de muchos, que se cargan de desordenadas penitencias y de otros muchos desordenados ejercicios... voluntarios y pensando que solos ellos, sin la mortificación de sus apetitos... han de ser suficientes para venir a la unión de la Sabiduría Divina. Y no es así si con diligencia ellos no procuran negar estos sus apetitos... Si tuviesen cuidado de poner siquiera la mitad de aquel trabajo en esto, aprovecharían más en un mes, que por todos los demás ejercicios en muchos años». (Subida, lib. I, tomo I, pág. 67.).

Su gloria era vivir en la Cruz; por eso la tomó de sobrenombre y miraba regocijado las cinco llagas, que tras muy intensos dolores y de haber sufrido gozoso acerba amputación, le quitaron la vida.

Sabía, y nos enseñó, que no se puede crecer en el amor de Dios, si no por el dolor y mortificación, y muchos «piden a Dios les traiga y pase a este estado de

perfección; y cuando Dios quiere comenzar a llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas y hurtan el cuerpo y así no dan lugar a Dios para recibir lo que le piden» (Llama, tomo II, página 422).

El amor siempre es activo y, deseando crecer, desea también más padecer y ponerse en la Cruz para subir y estar más cerca de Dios. Por falta de este deseo exclama el Santo apenado: «¡Oh almas! Si supiéseis cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a esa seguridad y consuelo»... (Pág. 423 tom. II).

A un religioso dirigido suyo que le pedía acortase la penitencia para no acortar la vida le dijo: aunque alguno confirme esa doctrina con milagros no le crea; porque Cristo está en la Cruz y sólo llegaremos a El por el dolor y Cruz. (Tomo III, página 109).

¡Oh bienaventurado varón! Cómo y cuánto amaste, nos lo dice tu penitencia y abnegación; y cómo no es verdadero mi

deseo de amar me lo dice mi regalo y el huir de todo dolor.

Quiero ahora yo y propongo, cueste lo que cueste, trabajar para conseguir un grande amor de Dios; resuelto estoy a ello. ¡Santo bendito!, ¡que no me venza mi debilidad!... ¡que no me entibie mi regalo!... quiero como tú, abrazar gozoso la Cruz bendita, y cubriéndola de besos, llevarla entre mis manos; porque aquí está y he de encontrar mi amor; haz que para conseguir este santo amor me determine a sufrir y a todo dolor en silencio dulce y apacible alegría.

(Tres Padre nuestros y petición como el día 1.º página 25.

* PROPÓSITO ESPECIAL.—Besar con frecuencia los pies del crucifijo y decir: «¡Jesús mío, cómo me amaste y sufriste por mí! .. ¿Cuándo yo te amaré y sabré sufrir por Tí?... por estas llagas benditas da contrición a mi corazón y lágrimas a mis ojos»; todos los días hacer cierto número de mortificaciones de los sentidos, como privarse de alguna curiosidad o golosina, etc..., sufrir alegre, sin alterarse, el carác-

ter o injurias de los demás y obedecer en la Dirección espiritual al Director de conciencia.

(La oración final y demás como el día 1.^o pág. 26.

DIA QUINTO

Como el día primero pág. 19, hasta la oración propia del día.

Oración para el día quinto

¡San Juan de la Cruz bendito! Al leer tus obras veo un camino seguro y refulgente para ir al cielo. ¡Por eso Santa Teresa gustaba tanto de tus enseñanzas!... Muestras el camino de la Fe; una Fe grande y confiada. En las dulzuras y sequedades, en las pruebas y consuelos, ¡mirar siempre, confiados, al Señor!...

Que esta Fe, que esclarece con su obscuridad, y guía con certeza

por el camino del cielo se aumente en mí y con ella venza la indiferencia, tibieza y tentaciones. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO **sobre la virtud de la Fe**

Con hechos milagrosos confirmó el Señor la Fe grande que en El tenía San Juan de la Cruz y la ilimitada confianza, nacida de esa Fe, que en Dios había puesto.

Viviendo en el convento de los Mártires a la continua escasez y pobreza sucedió un día en que sus religiosos no tenían nada con qué alimentarse; rogándole ellos les dejase salir a pedir, les disuadía aconsejándoles que permaneciesen allí en su retiro con Dios y muriesen delante de El si fuese necesario; pero que no saliesen y confiaran Dios les socorrería; y no tardó Dios en socorrerlos.

Bien conocido es el caso del Calvario en que retiráronse los religiosos sin tomar otro alimento que el de su fervorosa

palabra, por no haberlo; cuando, al poco tiempo, fué a entregarle el portero una carta recibida, encontró al Santo en oración en su celda; al leerla San Juan de la Cruz prorrumpió en tiernas lágrimas y creyéndose el Hermano sería por la noticia de alguna desgracia, al intentar consolarle, le dice el Santo: «No lloro por eso: lloro porque el Señor nos ve tan flacos en la Fe, que no ha querido llegue la prueba ni a un solo día; aquí, con esta carta, nos envía el socorro.» ¡Oh Fe no conocida la tuya! ¡Oh Varón excelso! ¡A quién jamás, o cuándo se ha visto llorar por no recibir el necesario socorro como a Tí!... ¡Cuánto no te acrecentaba esto en la Fe misma y en el amor confiado en Dios!...

Pero donde el Santo practicó y enseñó cosas nuevas e inspiradas sobre la Fe, fué en la vida interna de las almas, donde radica hermosa la verdadera santidad y el amor de Dios!...

Más grande que arrojando demonios de algunos posesos, como arrojó, mayor que

resucitando muertos como él resucitó o sanando con su saliva la pierna rota de un Hermano donado, se muestra su Fe en las desolaciones terribles del espíritu y en las horrendas pruebas interiores porque Dios le hizo pasar para purificarle; y seguro pasó, y salió purificado y como divinizado, guiado por la claridad de una ciega y abnegada Fe.

Por que la Fe, según su doctrina, es la luz brillante que nos enseña a buscar a Dios en Dios mismo; no buscando los gustos o sensibles fervores que en la oración, práctica de virtudes y acciones buenas puedan enternecer el alma, sino únicamente buscando y pretendiendo el agrado y la voluntad de Dios; y este es el verdadero amor; así, la obscuridad de la Fe da más luz que toda la ciencia, y más esfuerzo y seguridad que los más tiernos fervores.

¡Oh San Juan de la Cruz! A esta luz de tan firme Fe veo y comprendo cómo pudiste pasar sereno y sonriente las terribles desolaciones, amarguras y torturas

pavorosas del espíritu por donde Dios te hizo pasar y en que tu perseveraste y te agradabas. ¡Ahora comprendo bien como mirabas a Dios confiado en las necesidades y estrecheces de tu Convento y jamás Dios abandonó tu confianza; sino premió con largueza la alegría en tu pobreza!

Enciende en mí, Santo bendito, enciende en mí esta Fe. ¡Ay! yo vacilo y dejo la oración cuando el gusto o fervor no me acompaña y la sequedad o repugnancia me acongoja y oprime; y cuando la necesidad se me acerca, la desconfianza de la Providencia generosa y paternal, ciega mi corazón y la impaciencia me arrastra a mil faltas contra Dios, y a una inquieta avaricia; y cuando la desolación o la prueba me visita o aflige, caigo en el desaliento y abandono la virtud mostrando en todo que me buscaba a mí más que agradar a Dios, y mi poca Fe: ¡Acrecienta en mi corazón esta santa y viva fe en mi Dios!

Meditando en las amarguras de Jesucristo crucificado y a El abrazado, encontraste la fuerza para seguirle generoso

en todo dolor y en toda prueba. En mis tristezas y abatimientos y dudas, en mis pruebas todas, alcánzame que, a imitación tuya, cerrando los ojos a todo y abrazado a la Cruz diga: «Señor, Dios mío amantísimo; purifica mi alma con el intenso fuego de tu amor santo»; y que esforzado por la Fe repita «Dios mío y Señor mío; en todo dolor, hágase vuestra santa voluntad; y en toda alegría, seáis bendito»; en mis necesidades y desgracias, en Ti confiaré y jamás has abandonado a quien en Ti confía.

Tras Padre nuestros y petición como el día 1.º, página 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.— Repetir la petición del Santo Evangelio «*Jesús aumenta mi Fe*» y hacer la determinada intención de nunca decir en las adversidades, dolores y necesidades, etc., nada contrario a la benignísima Providencia de Dios, antes actos de confianza en ella; y procurar con la santidad de las obras, y caridad con los pobres y consolar afligidos, prepararnos para que el Señor nos de muy grande y confiada Fé.

La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

DIA SEXTO

Como el día primero hasta la oración propia del día
página 19.

Oración para el día sexto

¡Padre y abogado mío San Juan de la Cruz! Admiro tu indecible paz y confianza en el Señor, aún en las necesidades y adversidades más fuertes, y veo en tí mismo cumplido lo que escribiste: «quien mueve y vence a Dios es la esperanza confiada.» Ella te alcanzó tu deseo de, desprendido de todas las cosas, vivir unido sólo a Dios en amor y continuo afecto.

Necesitado estoy de esperanza; concédemela para que, en ella confiado, trabaje en vencer mis defectos y pecados, y en ella mire siem-

pre con ir.timo afecto a Dios, a El de corazón ofreciéndome. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO sobre la **Santa Esperanza**

Nunca por su deseo deja el Señor de comunicar sus bienes a las almas; quien lo impide suele ser la falta de preparación de las mismas almas; por eso San Juan de la Cruz ponía todo su esfuerzo en prepararlas con una perfecta abnegación en la voluntad de Dios y un generoso y humilde desprendimiento de las cosas creadas; admirable es la doctrina y seguridad que en esto pone: «Y llegando, dice el Santo, a estar vacía y desapropiada de todas las cosas, que es... lo que puede hacer el alma, es imposible, cuando hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele a lo menos en secreto silencio. Más imposible es esto, que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado;

porque así como el sol está madrugando para entrar en tu casa, si destapas la ventana para entrar, así Dios... entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos» (Llama. Tomo II, pág. 453).

Alma que esto ha conseguido, vive en una tan serena y amorosa esperanza que nada podrá perturbarla, convirtiéndose a la vez, en dichosa morada donde Dios se complace en habitar.

Esta es la causa productora de la grande admiración que todos los biógrafos del Santo muestran por la inalterable y serena dulzura que en toda ocasión, favorable o adversa, y en toda apretada necesidad o prueba, en su rostro y aspecto, como rayo acariciador de luz, se reflejaba.

Esperaba tan confiado en el Señor el socorro cierto en las necesidades materiales que ni el más duro extremo le hacía vacilar, hasta ver, si era necesario, el milagro paternal de Dios amoroso. En sus fundaciones, como en Granada, viéndose sin cosa alguna, ni para la sustentación, y todos los horizontes cerrados para el so-

corro, muy lejos de pedir a los vecinos de la ciudad, aconsejaba a sus religiosos se abrazasen gozosos con la pobreza amable y su única confianza estuviese en Dios, y jamás dejó Dios frustrada su esperanza.

En El confiaba cuando, aunque agradecía, no admitía más dádivas que las estrictamente necesarias, como en Baeza; y cuando, durante el año de la carestía, abrió caritativo y magnánimo la puerta de su Convento a los pobres, dándoles lo que no tenía y viendo, con admiración de todos, siempre sin disminuir y crecientes, por milagro grande, sus pequeñas provisiones.

Decía que los Conventos de Carmelitas Descalzos debían ser de *Espera en Dios*.

¡Cuántos milagros no hizo con esta esperanza confiada!... Su misma Santidad, nos dice en una hermosa poesía, que fué milagro de esta esforzada y confiada esperanza en Dios; «porque esperanza del cielo tanto alcanza cuanto espera».

El nos enseña también que el alma, para llegar a esta gran virtud, ha de va-

ciarse de las cosas creadas y entonces viene Dios inefable al centro del alma y la llena toda; y un alma que de esta manera está delante del Rey de los cielos con vestiduras, cetro y anillo real, de mano del mismo Rey recibidos, «todo lo que quiere alcanza». (Llama, tomo II pág. 425).

¡Oh alma verdaderamente real y hermosísima de San Juan de la Cruz!

Te contemplo leyendo los secretos escondidos de las almas a quienes dirigías en la virtud; trasfigurado y rodeado de luz durante el tiempo en que decías la Misa y Dios te comunicaba su voluntad y llenaba de gracia; mirando resignado y humilde al cielo cuando Dios purificaba tu alma en la negra desolación o prueba dura; calmando la tormenta entre granizos y lluvias sin mojarte o deteniendo, con tu presencia, voraz fuego sin que las llamas que te rodeaban se atreviesen a menoscobar tu vestido ni pasar adelante; y todo por aquella esperanza amorosa y confiada en el Señor; esperanza que te hacía clamar y derramar tiernas lágrimas, delante

del tabernáculo, al Amor, y esforzarte en el divino servicio estrechando y besando la Cruz.

Al ver yo estos grandes ejemplos tuyos, te suplico se graben en mi alma para que, quitando mis aficiones hacia las criaturas, mortificando mis curiosidades y apetitos, avivada mi esperanza, me dé todo y del todo a Dios y en El viva confiado, amando, llorando mis pecados y los de los hombres todos, e implorando ¡oh Dios mío benignísimo! tu misericordia infinita, que me ha de salvar y santificar y enseñar una vida pura de virtud y de amor.

Tres Padre nuestros y petición como el día 1.º, página 5.

PROPÓSITO ESPECIAL.— Decir con el Profeta: «En Tí, oh Dios mío, esperaré y no seré confundido», y todos los días hacer actos de las tres virtudes teologales; cuando más abatidos estemos, más esperemos del Señor, que no tardará en socorrernos y siempre dar de lo poco o mucho que tengamos a los pobres y consolar al afligido.

La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

DIA SEPTIMO

Como el día primero, pág. 19, hasta la oración propia de este día.

Oración para el día séptimo

El grande amor de Dios te enseñó a estimar tanto las almas de los hombres y a convertirlas y conducir las a la cima de la perfección por tus predicaciones, por tus escritos tan admirables y, sobre todo, *clamando día y noche en la oración y con penitencia.*

En estos tiempos en que todo nos disipa y llena de vanidad y soberbia, hazme dirigir todas mis acciones a Dios y que me consagre al apostolado; en especial al *apostolado de la oración y penitencia*; a llevar las almas a Dios *ofreciénd-*

dome por ellas como víctima sacrificada por amor y de todos ignorada.— Amén.

PRACTICA Y DOCTRINA DEL SANTO **sobre el apostolado de las almas**

No ha sido considerado San Juan de la Cruz, como alma apostólica, que busca las almas para Dios y trabaja en su conversión, cuanto debiera serlo; pues harto merecedor es de ello.

Su vida nos refiere las celosas predicaciones en todo a semejanza de los Apóstoles: cuando estando en Duruelo, salía a pie descalzo por los pueblecitos a predicar y enseñar, y ya ejercido con altísimo amor su ministerio, sin tomar descanso ni alimento, o solo un mendrugillo de pan que llevaba para refección de retorno en el camino, volvía a retirarse a su convento, «y era harto el bien que en aquella comarca hacía» dice, Santa Teresa, recibiendo ella con esto un no pequeño con-

tento; las gentes todas estaban enternecidas y compungidas de aquel santo religioso, cuya vida y santidad veían y no cesaban de admirar y alabar.

Y esta vida santa, nos dice el santo, es muy esencial en el apostolado; «porque ordinariamente es el fruto en las almas cual la disposición de parte del que predica y el predicar más es ejercicio espiritual que bocal» como lo era en Nuestro Señor Jesucristo. (Subida. Lib III Cp. 44 pág. 399, t. I.)

Pero en otros dos más fecundos, difíciles y perfectos apostolados se distinguió como muy pocos; trabajó con entusiasmo e infatigable celo, por hacer almas santas y perfectas; jamás le detuvo en este apostolado, ni crudeza de tiempo terrible, ni dificultad de elementos adversos; y a muchas almas ponía, con su palabra de ángel, fuego en el corazón y alientos grandes en la voluntad combatida; los demonios, como vió un alma santa, huían a esconderse de su vista y temblaban arrinconándose, para que no los viese cuando desde el

confesionario levantaba el Santo los ojos.

Varios hechos sabemos en los que el poder del celo apostólico de San Juan de la Cruz se manifiesta como algo extraordinario concedido por el cielo a su palabra: unos en el momento más difícil, por estar bajo el ímpetu de la pasión y determinados a cometer el pecado, volvían al arrepentimiento antes de cometerlo, o en el momento mismo al oír la palabra persuasiva y paternal del Santo amonestándoles; era tan penetrante y conmovedora la impresión causada, que una mujer nada recatada y sensible a quien reprendía, cayó como muerta largo rato, y cuando volvió en sí, emprendió tal vida que se hizo notable en todo Córdoba.

Este celo santo de que las almas subiesen generosas a las alturas de la perfección, movió su voluntad, como refiere él mismo, para escribir sus libros, por ser muy necesario enseñar los secretos de la perfección a las almas y haber muy poco escrito sobre ello; por esta causa no llegan muchas almas a la hermosa y alta

cima de la perfección que el Señor las señalaba. ¡Y cuántas almas no se han santificado y continúan santificándose con esos celestiales escritos, y qué amor tan seráfico no encierran sus afectos!

Pero sobre todo se distinguía San Juan de la Cruz por lo que él llamó el *amor solitario clamando escondido en oración y penitencia al Señor*, y es donde las almas se conquistan y ganan para el cielo y se alcanza de Dios la gracia de que se conviertan; movido de esto repetía que «más bien hace a la Iglesia un alma con este amor que muchos predicadores; y más harían ellos con una obra procurando más oración, que lo que hacen con muchas guiados de la propia actividad»; enseñanza suya es muy singular que dá más gloria a Dios un alma perfecta que miles de las que viven en gracia pero sin ese deseo ni perfección y suplicaba no quitasen esa gloria a Dios. (Cántico canción XXI, página 313-314 tomo II).

A este apostolado consagró los últimos años de su vida persuadido como esta-

ba y solía repetir que la obra más grande es la de cooperar a la salvación y santificación de las almas (Dictamen X tomo III pág. 63).

¡Qué apostolado tan fecundo el tuyo, Santo bendito! y lo fué tanto porque amaste sobremanera. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo voy a convertir yo ni santificar almas si no amo, si no me santifico yo antes? ¿Si, más que el bien callado, busco la fama y causar admiración y gusto? ¿Si huyo de la oración y penitencia?

¡Oh Jesús mío! encended en mí un verdadero celo dándome espíritu de amor, de oración, penitencia y humildad.

¡Santo bendito! interceded para salvar mi alma y la de todos los hombres, mis hermanos en la sangre de Jesús; suplicad a Dios envíe almas grandes a su Iglesia santa; que la perfección, santidad y abnegados amores brillen en la Orden de la Virgen del Carmen que es la tuya; que haya almas muy santas que intercedan ante Dios.

De hoy en adelante, yo ofrezco todas

mis obras, mis actos todos, por la santificación de las almas y la conversión y salvación de los pobres pecadores.

Descargad, Dios mío, vuestra justicia sobre mí; yo la acepto y os la ofrezco por la salvación de mis hermanos los pecadores. ¡Señor y Padre mío amantísimo! por la sangre y amor de tu Divino Hijo que nadie se condene; que os amen todos; dadles arrepentimiento y amor.

¡Por vuestra Pasión y llagas salvadme a mí y salvad a todos!

Tres Padre nuestros y petición como el día 1.^o p. 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Pedir al Señor todos los días que haya almas muy santas en su Iglesia para que intercedan por los pecados cometidos y, con sus amores, suplan nuestra tibieza; ofrecernos al Señor con frecuencia, y sobre todo, en compañía de Jesús en la santa Misa y hacer una oración y un sacrificio especial diario por la conversión de los pecadores y en desagravio de los pecados, trabajando nosotros por la gloria de Dios y por que todos le amen: decir, «¡Jesús mío, tened misericordia de nosotros y dadnos vuestro amor!».

La oración final y demás como el día 1.^o, pág. 26.

DIA OCTAVO

Como el día primero pág. 19, hasta la oración propia del día octavo.

Oración para el día octavo

¡Oh maestro mío San Juan de la Cruz! ¡Qué alejados vivimos del espíritu del Señor!... Somos frágiles y caemos tan pronto y estamos tan llenos de vanidad y dados a las cosas terrenas, porque no nos damos a clamar al Señor, implorando su misericordia y caridad en la oración, como tú hacías.

Aparta de mí la soberbia y dame fortaleza y constancia para dedicarme a la oración, que será darme a una grande y segura santidad. Amén.

PRÁCTICA Y DOCTRINA DEL SANTO sobre el amor de Dios

Tan perfectamente llegó a vivir San Juan de la Cruz con altísimo espíritu de amor, de santidad, de presencia y recuerdo amoroso de Dios, que enseñó los más inefables actos de la vida sobrenatural cuando expresaba de este modo lo que en sí sentía y veía: el amor «hace vivir al alma en Dios y vivir vida de Dios», y «la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios» y «merece más en un acto de amor de éstos el alma y vale más que cuantos había hecho toda la vida sin esta transformación en Dios». (Llama tomo II, pág. 389).

Pero mucho tuvo el Santo que trabajar de su parte y mucho que esperar de Dios y en Él confiar lleno de viva Fe hasta llegar a tan grandísimo y deseado amor.

En su vida leemos cómo se daba todo a la oración. Santa Teresa refiere de él que en Duruelo, después de los Maitines de media noche, ya no se acostaba, sino

quedaba en oración hasta el nuevo día; horas interminables de día, y aún de noche, pasaba con su Dios en la Peñuela alrededor de la fuentecica hermosada de árboles; los religiosos, al verle tan largo y continuo tiempo y tan absorto ante el Santísimo en Segovia, le aconsejaban muchas veces se retirase, y él decía que allí estaba y encontraba su vida y su alimento.

Esta continua oración y la no menos continua penitencia y vencimiento de sí mismo le hicieron apto para recibir tan intenso favor y amor de Dios como todos admiramos, cumpliéndose en él lo que había enseñado. (Llama, tm. II, pág. 405 y 426).

Cuando salía por los campos a sus solas, dejaba exhalar el ardor que en su pecho encerraba en tiernísimas exclamaciones a Dios y aun a las mismas criaturas, imágenes de Dios; y como el amor, escribe él, es siempre activo y cuanto más crece de más actividad goza, cada día fué mayor su constancia y crecía más en la caridad, en las virtudes, en el esmero con

que en todo hacía la voluntad de Dios.

En sus últimos años era tal su vida en Dios, que más parecía de cielo que de tierra; una religiosa dice que le infundía tal respeto cuando le miraba, que a nadie podía compararlo; porque veía en él algo sobrenatural que le dulcificaba y espiritualizaba; él mismo dijo, cuando en Segovia vivía, que tenía que hacerse violencia para atender a las conversaciones y negocios de quienes con él estaban y trataban, y dejar la conversación y mirada interna que le abstraía y sacaba de sí; y todas sus obligaciones las veía y recordaba en Dios.

Con esa vida íntima pudo bien describir «las asomadas de gloria y de amor que Dios comunica a tales almas», «y que la muerte de ellas no es sino por algún ímpetu y encuentro del divino amor». (Llama, pág. 403, tomo II).

¡En verdad eres, oh Santo bendito, el Santo del amor, el Santo de la celestial dulzura, de la plácida alegría, del fervor y perfección acabadas!

Quien así no te ve, no te conoce ni conoce tu ternura; en todo pusiste amor del cielo y en todo encontraste y recogiste intenso y vivo amor de Dios, y «traías en el paladar de tu espíritu un júbilo de Dios, como un cantar siempre nuevo, envuelto en continua alegría y en amor y en reconocimiento de tu feliz estado». (Llama pág. 428 tom. II).

¡Oh Dios mío! ¡Enciende en mí este tu amor! ¡Señor mío! Yo quiero amarte como San Juan de la Cruz te amaba y como él quiero servirte y hacer en todo tu santa voluntad, que es el único camino que conduce al verdadero amor donde el alma repite:

Ni ya tengo otro oficio
Que ya sólo en amar es mi ejercicio

Hace tal obra el amor
Después que le conocí
Que, si hay bien o mal en mí,
Todo lo hace de un sabor
Y el alma transforma en sí;

Y así, en su llama sabrosa,
Apriesa, sin quedar cosa,
Todo me voy consumiendo.

Fortaleced, Dios mío, fortaleced, os suplico, mi debilidad; dadme constancia para que me entregue de lleno a la oración, y me abrace con tu Cruz y termine de acabar conmigo para ser todo tuyo.

Señor, descienda piadosa vuestra misericordia sobre mí en rocío de amor; dadme virtudes para que llegue a vuestro íntimo y encendido amor.

Tres Padre nuestros y petición como el día 1.º, página 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Acostumbrarse a hacer de corazón, y aún de boca, jaculatorias a Dios pidiéndole su amor; desear amarle como los Angeles y santos y pedirles a ellos, y a la Virgen Santísima le den su amor y amen por él al Señor; ofrecer a Dios todos los días la vida y cuanto se posea, practicar las virtudes, que es el verdadero medio de conseguir el amor y, a falta de grandes virtudes, ejercitar pequeñas privaciones y mortificaciones di-

ciendo: «Dios mío; deseo amarte con todo mi amor, ámente tus Angeles y santos por mí. ¡Dadme vuestro amor!».

La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

DIA NOVENO

Como el día primero, pág. 19, hasta la oración propia de este día.

Oración para el día noveno

Ninguno como tú, ¡oh amadísimo Doctor!, ha enseñado a las almas a correr en las virtudes y crecer en el amor de Dios; porque ninguno como tú ha enseñado esa ininterrumpida oración, que, con la gracia de Dios, todos podemos tener; esa oración es la de *Contemplar al Señor con afecto*, andando en su amor y ofreciéndole continuamente, en humildad y sacrificio, cuanto somos, hacemos y deseamos.

Enséñame a vivir siempre con *esta mirada afectiva de contemplación* puesta en mi Dios y mi Señor Jesucristo sufriendo por mí en la Cruz y así procuraré imitarle y me esforzaré por amar y vivir en perfecta caridad y en el más abrasado amor.—Amén.

PRACTICA Y DOCTRINA DEL SANTO **sobre el celo de las almas perfectas**

Consagróse San Juan de la Cruz, en especial los últimos años de su vida, a procurar la perfección de las almas buenas, y con verdad se le ha llamado *Apóstol de Apóstoles y Formador de perfectos*.

Dióle el Señor muy especial gracia para ello.

Conocía sobrenaturalmente por dónde quería Dios fuese y se ejercitase cada alma; viendo en Dios lo íntimo de las mis-

mas almas y su estado, las daba y enseñaba el consejo más adecuado, preciso y fervoroso para cada una. A cuantas dirigía, de tal manera guiaba en las virtudes y ejercicio de oración y amor que, muy en breve, terminaban todas por desear ser completamente de Dios en el heroísmo de una virtud y amor constantes, renunciando a su propio querer y, en brazos de la abnegación y ofrecimiento continuo y efectivo a Dios, no tener otra voluntad que la de Dios mismo; ni otro objeto de su amor, ni otro modelo que imitar que el de Jesucristo.

La santidad perfecta es el abrazo o unión del alma con Dios en amor; o de otra manera; es el cumplimiento pronto y constante de la voluntad divina que transforma el alma en Dios.

¿Pero cómo llegar a esta transformación y unión con Dios?

Era la especial gracia que el Santo tenía en enseñarla y comunicarla.

No se contentaba con estimular a la perfección y santidad pregonando su gran-

deza y hermosura y repitiendo aquella verdad tan hermosa y alentadora que Santa Teresa tenía empeño en extender y ya vimos el día segundo: Un alma perfecta no sólo lleva consigo otras muchas a Dios, sino le da ella sola más gloria que miles de almas en estado de gracia, pero sin haber llegado a tanta perfección y el que no desea vehementemente esa perfección, es responsable de la gloria que quita a Dios infinito y amoroso. Quería envolver al alma en la misma suavísima luz, hermosura y amor de Dios, para que así envuelta e iluminada no apartase más su *vista de tan bello resplandor y dulcísimo encanto.

Preguntaba un día a una religiosa Carmelita en Beas en qué oración al presente se ejercitaba, y cuando oyó que en mirar la infinita hermosura de Dios, recibió muy grande gozo; porque era, añadió, el mejor medio de unir el alma al mismo Dios.

Después de la abnegación y desasimiento de las cosas para poder comunicar con Dios en el silencio del alma, deseaba se ejercitasen en mirar y tener presente a

Dios dentro de sí mismos y estársele ofreciendo y dando gracias o por medio de jaculatorias o por la comunicación callada de la voluntad, que le mira en amor y reconocimiento; y en esa oración pasasen su vida, y en esta mirada, que él llamaba *mirada afectuosa de ofrecimiento*, viesen la voluntad de Dios siguiéndola siempre con prontitud y todo afecto y voluntad, viviendo «como en respiro suave de amor y vida de espíritu». (Llama t. II pág. 450).

Así ha de prepararse el alma para recibir la comunicación íntima con Dios.

Era en él como un adagio que resumía su enseñanza el decir: «ponga amor donde no hay amor y encontrará amor»; haga todos sus actos hasta los más desapercibidos e indiferentes, con grande espíritu de Dios y encontrará en ellos, benignísimo y amoroso, a Dios.

¡Y qué grandes cosas comprendía aquí el Santo!...

Porque, aunque es cierto que la oración sobrenatural no puede producirla en sí el alma, sino ha de recibirla de Dios, pero

debe disponerse para recibirla y se dispone «haciendo actos interiores y aprovechándose del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales; porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraiga del sabor de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo» (Llama t. II pág. 345).

Dispuesta así el alma, Dios se comunica a ella en la *noticia amorosa* donde el mismo Dios como que se graba en el alma y anda siempre amoroso y hermoso ante los ojos del alma y «no es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, se pueda recibir menos que en espíritu llamado y «un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad, es inestimable bien... más que el alma ni el que la trata pueden pensar». (Llama tom. II pág. 450)

Aquí ya el alma recogió el amor que puso; aquí ya envuelta en amor no ve si no amor. y ama en Dios y con el mismo amor de Dios, y se goza en la hermosura de Dios que en sí siente; aquí el alma sale

como de sí y de todo lo creado y su solo deseo es Dios y, en acto de amor, merece infinito premio.

¡Oh alma dichosa la que aquí llega! ya el amor del cielo la ha dado una vida nueva y un gozo nuevo y el agua de la vida regala su paladar; a esta vida y a este amor quería y hacía San Juan de la Cruz llegasen sus dirigidas; por esto se esforzaba y en ello ponía todo su abrasado celo.

¡Oh Dios de mi amor! ¡Con este tu amor infinito quiero yo amarte! ¡quiero sentir constante en mí tu mirada de amor y a Tí ofrecirme y para Tí solo vivir y en Tí solo y todo palpitar mi corazón! ¡Corazón mío, ama y vive sólo para tu Dios!

¡San Juan de la Cruz bendito! Como conducías a esta perfección las almas que dirigías, conduce la mía pobre; eres especial abogado de las almas que se dan a la oración, y la mía se deshace en deseos de tenerla perfecta y amor abrasado; alcánzame; ¡que ame a mi Dios! ¡Que tenga en mí grabada su pre-

sencia y recuerdo para que en todo momento me esté a El ofreciendo como víctima de amor! ¡Oh Dios mío!, quiero amarte; dame un amor grande; ¡quiero amarte con toda la efusión de mi corazón! ¡Por tu amor y tu bondad y misericordia infinitas, salvad y santificad mi alma! y aun no se contenta mi corazón con ésto; ¡por esta tu mirada de amor santifica a las almas! ¡Que las almas sepan lo que es tu amor!... ¡Oh Dios mío; escucha mi postrer súplica! el último de los pecadores que desea amarte te dice confiado: Dios mío, por intercesión de San Juan de la Cruz, por la pasión y méritos de mi señor Jesucristo y mediación de la Virgen Santísima: *Me ofrezco como víctima de amor por la salvación de las almas; sálvalas, santifícalas.*

Tres Padre nuestros y petición como el día 1.º, página 25.

PROPÓSITO ESPECIAL.—Decir: «¿Qué se me da a mí de mí y de todas las cosas, si no de Vos, Dios mío?»; hacer un formal propósito de trabajar por alcanzar la santidad y darse a la oración y pedir al Se-

ñor salve a las almas y que haya muchas almas que sobresalgan en grande santidad. «Dios mío, dadme vuestro amor y enseñadme a orar para que sepa serviros».

La oración final y demás como el día 1.º, pág. 26.

Oración a San Juan de la Cruz para que alcance del Señor la conversión de las almas y su santificación

(debe rezarse frecuentemente)

¡Señor Dios mío, Omnipotente y Eterno, que por amor me criaste y enviaste a tu Eterno Hijo y Señor mío Jesucristo para que, en exceso de amor, me redimiese con su sangre benditísima!... ¡Que continuamente hablas a mi corazón para que me aparte de las obras de iniquidad y de las compañías perversas y obre lo que es agradable a tus ojos unido a los Santos y a los Angeles y a la benditísima y amabilísima Madre mía la Virgen María!... Por este amor de Jesús te pido purifiques mi corazón, al dirigirme a Tí, infinito en majestad, y me le cambies y llenes de un

amor nuevo y conviertas mi dureza e insensibilidad, en fervor y arrepentimiento sincero.

Quiero yo ahora levantar humilde mi espíritu hasta Tí, Dios y Padre mío, por medio de tu amador San Juan de la Cruz y unirme a los Apóstoles que trabajan, y a los Mártires que sufren, y a los solitarios que oran y hacen penitencia por convertir las almas y llevarlas a Tí y a las dulzuras de tu amor por una contrición humilde y tierna.

Difícil es, oh San Juan de la Cruz, que merezcamos hoy penetrar tus enseñanzas y más difícil que las practiquemos, envueltos como estamos en el espíritu del mundo, que es olvido y apartamiento de Dios y disipación, orgullo y anhelo de comodidades, gozo y satisfacción de los sentidos; pero clama constante ante Dios por nosotros para que se abran nuestros ojos, y la nicbla en que se comunicó Dios a Salomón y la luz con que guió a los de Israel, nos envuelva y guíe a Dios por el espíritu de amor y fervor que nos enseñó nuestro

Señor Jesucristo en el Evangelio y con su vida y muerte.

Los deseos de satisfacción y goces, que se tornen en anhelos de amores celestiales y virtudes excelsas; y nuestra actividad, la dirijas a la gloria y conocimiento de Dios y su propagación entre los hombres; que todos le conozcan y amen junto con Jesucristo su enviado.

El mundo no puede conocer a Dios; el mundo no quiere conocer a Dios; ¡Santo bendito! ¡Que Dios sea conocido y amado!... ¡Que los hombres se salven!... A los corazones rebeldes, conviértelos; a los endurecidos, ablándolos; a los que yacen envueltos en pecados, levántalos a la hermosura de la virtud; y que a todos, las lágrimas de una contrición íntima y de un arrepentimiento tierno, bañen sus ojos y lleven la paz y santa alegría a sus pechos.

Santo bendito; muchos pecados, tú lo ves, suben a irritar la justa ira de Dios; sólo almas santas, almas abnegadas, almas de oración y penitencia, unidas a las

plegarias de la Virgen y a la Sangre expiatoria y amorosa de Jesús, pueden desagraviarle y alcanzar envíe su luz de amor y paz al mundo, convirtiéndole; pide tú por nosotros al Señor, envíe almas santas a su Iglesia; esas almas grandes, almas puras, almas abrasadas en amor, que viviendo vida de perfección en íntima unión con Dios y víctimas de amor, alcanzan la gracia para las almas todas; pide que envíe misericordioso santos Apóstoles en palabras y obras, que abrasados en el celo, iluminen el mundo y conviertan los corazones; pide que infunda en nuestras voluntades un deseo de darnos todo a su servicio y amor; que muestre su infinita misericordia y poder fortaleciendo nuestra debilidad, purificando nuestros pecados y haciéndonos, de pecadores, santos y poderosos sobre el infierno.

¡Bendito San Juan de la Cruz! por nuestros hermanos y por nosotros pide que no pueda el demonio en ninguna alma, más que la gracia de Dios; merecíamos el abandono en nuestros pecados; pero que re-

cuerde su misericordia; que recuerde la pasión y muerte de Jesucristo, su Hijo; que recuerde que somos obra de sus manos y, apiadado de nosotros, nos convierta; que dejemos nuestros devaneos y pecados y vivamos en el amor de Dios, abrasados en caridad, haciendo de la tierra cielo anticipado donde resuenen las alabanzas de Dios; y todos unidos a Jesucristo por su Madre y nuestra, la Virgen, nos salvemos.

Sea así Señor, alábenle eternamente tus grandezas y tu misericordia porque eres bueno, porque es infinita tu piedad, porque nos salvas, y llevas a los gozos infinitos del cielo lo que creaste en la tierra.—Amén.

FIN

INDICE

Página

Semblanza de San Juan de la Cruz.....	5
Novena a San Juan de la Cruz.—Advertencias.	17
Novena a San Juan de la Cruz	19
Práctica y doctrina del Santo sobre la humildad.....	22
Oración final para todos los días.....	26
Música e himno a San Juan de la Cruz.....	28
Oración de la Iglesia en latín y castellano.....	29
Día segundo.....	30
Práctica y doctrina del Santo para alcanzar la perfección.....	31
Día tercero.....	36
Práctica y doctrina del Santo sobre el amor de Dios.....	37
Día cuarto.....	42
Práctica y doctrina del Santo sobre la penitencia.....	43
Día quinto.....	49
Práctica y doctrina del Santo sobre la virtud de la Fe.....	50
Día sexto.....	55
Práctica y doctrina del Santo sobre la Santa Esperanza	56
Día séptimo.....	61
Práctica y doctrina del Santo sobre el apostolado de las almas.....	62
Día octavo.....	68
Práctica y doctrina del Santo sobre el amor de Dios.....	69
Día noveno.....	74
Práctica y doctrina del Santo sobre el celo por las almas perfectas.....	75
Oración a San Juan de la Cruz para que alcance del Señor la conversión de las almas y su santificación.....	82



L. D. V. M.

ESTE LIBRO CUESTA UN EJEMPLAR

0,60 pesetas

Y EL CIENTO

45 pesetas

CENTRO DE PROPAGANDA
DE
SAN JUAN DE LA CRUZ

Se reciben limosnas para la propaganda del Santo en el Noviciado de PP. Carmelitas Descalzos, de Segovia (España).

En el mismo Convento puede usted adquirir:
"Cautelas y..." (Los avisos y sentencias del Santo).

"El gran poeta" (Las poesías).

"Año místico".

"Breve noticia de la vida y escritos del Santo".

"Recuerdo poético de San Juan de la Cruz".
Novenas, novenitas, estampas, estampas con reliquia, medallas, estampa del Santo Nazareno que le habló en Segovia y distintos objetos y obras relacionadas con el Santo.

Vea la doctrina del Santo en el "Mensajero de Santa Teresa y San Juan de la Cruz" y en "Glorias del Carmelo", Aptado. 8035, Madrid.

Lea y propague la devoción de este gran Santo y de su hermosa y soberana doctrina para gloria de Dios y santificación de las almas.



Convento fundado en Segovia por San Juan de la Cruz, donde yace su cuerpo; hoy Noviciado de Padres Carmelitas Descalzos.

«Las canciones de San Juan de la Cruz, no parecen ya de hombre sino de ángel...»

«Es su poesía angélica, celestial y divina; ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma... Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo.»

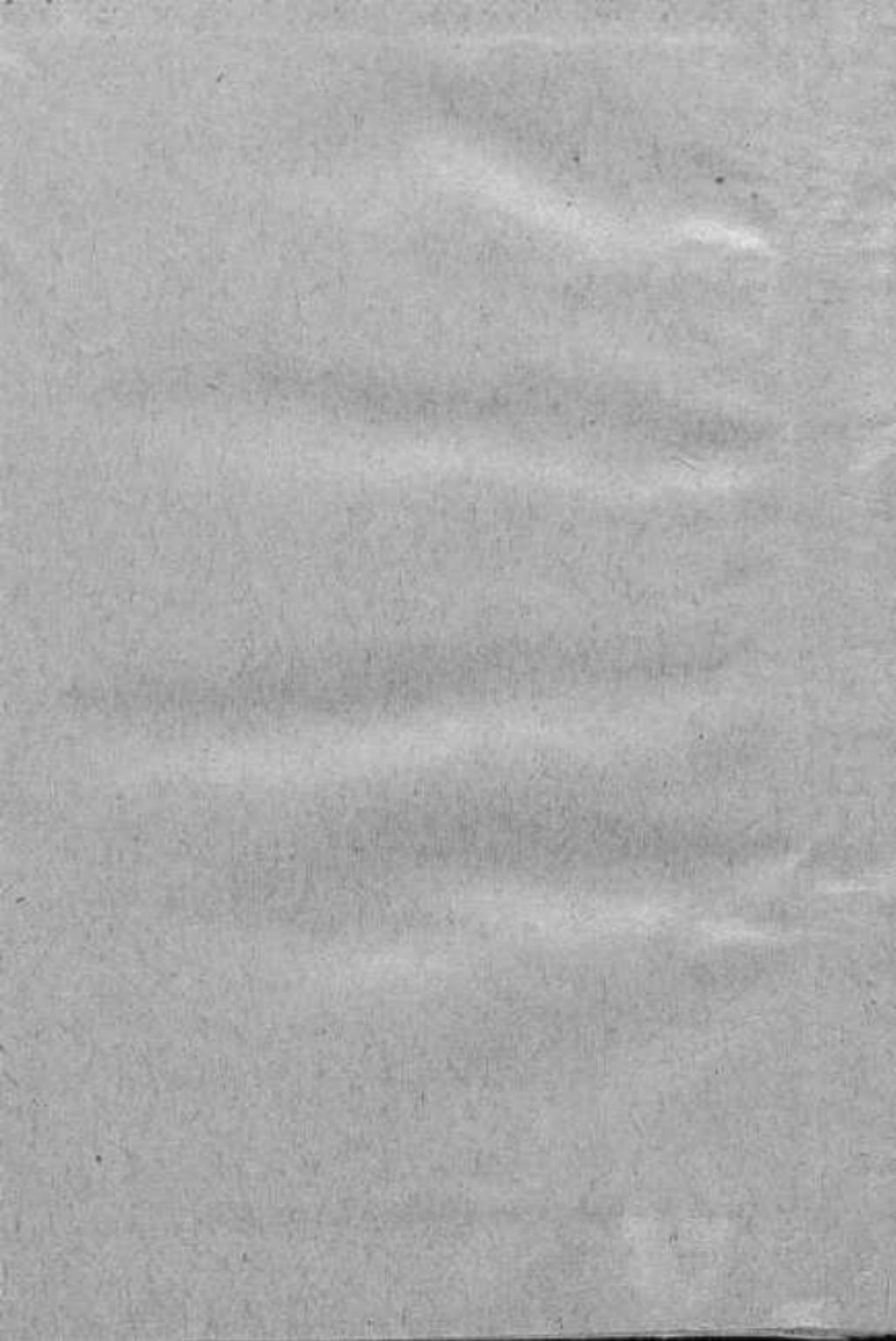
(Menéndez y Pelayo)

Sea devoto de San Juan de la Cruz, porque "los huesos de este santico harán milagros" (Sta. Teresa) y muchos hace con sus devotos.









ENCUADERNACIONES NICOLÁS
S. SEGUNDO, 35-AVILA

96-7-3457

